PROJECT MUSE®

Breve elogio a la traducción

Edgardo Cora

Sirena: poesia, arte y critica, 2010:1, pp. 174-178 (Article)

Published by Johns Hopkins University Press

DOI: <https://doi.org/10.1353/sir.0.0215>

➔ *For additional information about this article*

<https://muse.jhu.edu/article/378181>

Breve elogio a la traducción

Edgardo Cora

Es pertinente en una revista literaria bilingüe como *Sirena* dejar unas notas sobre la traducción. Multilingüe en verdad es esta publicación, definida ‘como sitio de encuentro para poetas y ensayistas de todas las lenguas, con sus traductores’. El propósito modestísimo de estas líneas es presentar un elogio u homenaje al acto de la traducción y su inmenso valor cultural.

A través del tiempo y el espacio, traducir textos literarios ha unido culturas y las ha enriquecido en una interacción irreversible e inolvidable. Tanto da que se las llame grandes o pequeñas obras, los textos salidos del mundo de las letras han venido armando una trama donde se conocen, se admiran, se detestan, se ignoran y se influyen irremediamente textos de tiempos y de mundos muy distintos. Es una felicidad para todos que podamos leer a Homero o a Shakespeare, a Cervantes o al anónimo y múltiple creador de las *Mil y una noches* en la lengua que nos sea natural. Y tanto ha pasado el tiempo ya, tanto nos hemos acostumbrado a la vida de esos libros en todas las lenguas a las que hayan sido traducidos, que los damos por hecho, sabemos que siempre habrá alguna versión disponible de las obras que busquemos, de tantos y tantos autores que seguirán llenando bibliotecas de libros escritos en su lengua original o en la versión que hayamos elegido por gusto o necesidad.

Para cualquier autor ser traducido es una honra, un estímulo, un momento muy especial, seguramente. Mientras tanto, claro, alguien tiene que tomarse el arduo trabajo de llevar esas obras literarias a ser comprendidas en otra lengua. Son los poetas, los ensayistas, novelistas y traductores de oficio o vocación los que emprenden el elogiado afán de pasar de una lengua a otra, de una música a otra – digamos –, libros diversos. Pero el trabajo no es rentable ni nunca lo ha sido; nadie se volvió rico traduciendo a Faulkner al español, por ejemplo. Entonces, ¿qué placeres y desafíos mueven a los escritores y traductores a llevar a cabo la tarea? ¿Cuál es el secreto del encanto que produce traducir? Innumerables y personales serán las respuestas, como cabe esperarse.

Con el propósito ya dado de lanzarnos a traducir, enfrentamos entonces el problema que se debate sin cesar y desde siempre en ámbitos académicos y literarios: el cómo. Es decir, cuál es el límite – o si lo hay – entre lo literal y lo libremente recreado. ¿Es posible legislar sobre esto? ¿Existe o es viable establecer una teoría de la traducción? O también, ¿qué hacemos con el gusto del traductor?

En términos generales, el debate sobre en qué se debe poner énfasis al traducir textos

literarios puede dividirse en dos grandes aguas o tendencias: la traducción que se ajusta más estrictamente al texto original al volcar su sentido en la nueva lengua, o aquélla que pregona una mayor libertad para recrear la obra a su nuevo molde lingüístico sin que pierda su sentido o su belleza o su contundencia. De este dilema no hay escapatoria para el traductor. Repasemos opiniones destacadas sobre el asunto.

George Steiner, desde el lugar de la erudición, ha escrito un libro de consulta casi inevitable para los interesados en la traducción, *After Babel*. Ante la pregunta de si es posible establecer una teoría de la traducción, George Steiner afirma que no. Su argumento es el siguiente: no se puede hablar de ‘teoría’ en el sentido dado a este término en las ciencias aplicadas o exactas. Las teorías de la ciencia tienen la obligación de predecir, de demostrar, deben ser probadas en alguna experiencia, pueden ser hasta falsificadas pero, y esto es esencial, al mostrarse como más aplicable o certera que otra, la nueva teoría reemplaza a la existente hasta ese momento. Pero esto no es lo que ocurre en el campo de las humanidades, dice el erudito. Ninguna configuración o clasificación en el mundo estético o en la filosofía tienen la facultad de predecir, tampoco pueden validarse sus aciertos o falacias por la vía de la *experimentación*, no hay una ‘teoría’ que reemplace a otra. “In the disciplines of intuition and energized responses of sensibility, in the craft of apprehension and answerability which make up the humanities, no paradigm or school of judgment cancels out any other. Winckelman does not erase or replace Aristotle; Coleridge does not render Dr Johnson obsolete; T.S. Eliot or Shelley cannot invalidate Matthew Arnold” (Steiner 15).¹

Es preciso señalar que George Steiner no se desentiende del asunto crucial entre la literalidad o recreación en el acto de traducir. Su libro gira en torno a este dilema y si bien la posible solución ofrecida es muy larga de tratar aquí, vale apuntar lo siguiente: el crítico considera la traducción propiamente dicha como un acto especial del proceso de la comunicación. No hay ‘teorías’ de la literatura o de la crítica o de la traducción (“such arrogant bluff”) pero sí un modelo histórico-psicológico en parte deductivo, en parte intuitivo de las operaciones del lenguaje. Una interpretación sobre la interpretación que deviene modelo hermenéutico entendido como asunto o arte de interpretar textos y su libro es precisamente una *narrativa de ese proceso*. Hay una perla al final que quizás eche más luz sobre su sensibilidad de erudito y su amor por el lenguaje que todo lo demás; al comentar dos pasajes de Beckett traducidos por el mismo Beckett a dos lenguas, Steiner se maravilla de su capacidad para crear diferencias de tono y cadencias lo suficientemente fuertes para componer “worlds different enough to allow the mind both space and wonder” (Steiner 498).

1 Steiner, George. *After Babel. Aspects of Language and Translation*. Oxford: Oxford University Press, 1998.

Jorge Luis Borges y sus traductores son otro mundo en sí mismo. Entre los más destacados de sus exégetas a la lengua inglesa, Andrew Hurley, se mete sin prisas y sin pausas en el tema medular de qué hacer con un texto literario lo suficientemente complejo (el desafío) y a la vez placentero de traducirlo o recrearlo en otra lengua. En su colección de ficciones borgesianas publicadas como *Jorge Luis Borges, Collected Fictions*, describe con fervor – para gusto de todos los interesados – como fue ese proceso de elegir el tono, el ritmo y el estilo que le resultaban a él adecuados para verterlo a su propia lengua. Amén de la temática, la gramática o el original uso de la etimología que Borges le imprimía a sus historias, Hurley encuentra el estilo de Borges ‘escuchándolo’. En pocas palabras: “I – like the translators who have preceded me – have rendered Borges in the style that I hear when I listen to him” (Hurley 519).²

Es sabido que al propio Borges le interesaba sobremanera el asunto de la traducción y escribió mucho sobre el tema tanto en ensayos como en sus historias. Recordemos que el narrador de “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, se empeña en revisar su traducción de Sir Thomas Browne mientras el mundo se viene abajo a su alrededor... Uno de los libros favoritos de Borges para desmenuzar los encantos y los desafíos de traducir fue *Las mil y una noches*. En una de sus famosas conferencias en Buenos Aires recopiladas en *Siete Noches* (Fondo de Cultura Económica, México, 1986), el autor realiza una apasionada defensa del maravilloso efecto que la traducción de las grandes obras de la literatura ha ido dejando en las culturas. Fiel a su estilo, Borges es minucioso y levemente irónico en el análisis de las trampas que presenta el oficio: “El Oriente es el lugar en que sale el sol. Hay una hermosa palabra alemana que quiero recordar: *Morgenland* – para el Oriente –, ‘tierra de la mañana’. Para el occidente, *Abendland*, ‘tierra de la tarde’. Ustedes recordarán *Der Untergang des Abendlandes* de Spengler, es decir, ‘la ida hacia abajo de la tierra de la tarde’, o, como se traduce de un modo más prosaico, *La decadencia de Occidente*” (Borges 63).

Más allá de la graciosa broma, Borges alerta sobre el riesgo implícito de seguir estrictamente la etimología de un vocablo, de perseguir hasta el fin el trazo de su ascendencia. El resultado puede ser el ridículo o, para decirlo en sus educados términos, el *olvido*.

Pero hay algo más en el siempre inquietante Borges. Su apasionada justificación del valor cultural de la traducción nos lleva a un descubrimiento impensado. De no haber existido la traducción al francés de *Las mil y una noches*, pondera Borges, quizás no habría florecido el romanticismo por lo menos tal y como lo conocemos. Galland publica en 1704 la primera traducción al Occidente del libro de las *Mil y una noches*, que produce “una suerte de escándalo, pero al mismo tiempo de encanto para la razonable Francia de Luis XIV” (Borges 77). Las cosas ya no iban a ser lo mismo. Desde el momento en

2 Hurley, Andrew. “A Note on the Translation”. *Jorge Luis Borges, Collected Fictions*. New York: Viking, Penguin Group, 1998.

que alguien en París o Normandía leyera los cuentos orientales – conjetura borgesiana –, comenzaría a entrar en el mundo la libertad romántica, distinta y lejana del “mundo legislado por Boileau”. Como sabemos, el movimiento romántico se despliega en Inglaterra hacia 1798 de la mano de Coleridge, pero los primeros pasos del fervor de los románticos hay que buscarlos, según el razonamiento de Borges, en aquellos días hacia principios de ese mismo siglo en que el libro de *Las mil y una noches* se tradujo al Occidente.

También le gustaba – como buen traductor – entretenerse con sutiles variaciones. Como su preferencia por el título de Barton, *Book of the Thousand Nights and a Night*, *Libro de las mil noches y una noche*, que tanto lo fascinaba (Borges 66). Por sobre todo, Borges nos deja un legado de respeto y valoración del proceso de traducir como acto creativo que culmina en el lector, el gran homenajeado sin dudas en el banquete de las letras.

¿Estricta adherencia al texto original o libertad para recrear, entonces? La pregunta estalla en manos de Nabokov, legendario portador de *fuertes opiniones*. El gran novelista (y poeta) ruso se sentía hasta martirizado por los deslices u horrores de las ‘traducciones poéticas’ de algunos de sus contemporáneos. Para él, “the only object and justification of translation is the conveying of the most exact information possible and this can only be achieved by a literal translation, with notes” (81).³ No bromeaba. Sobre el asunto se vuelve a despachar a gusto en su artículo “On Adaptations” (280-283), donde discute hasta el más ínfimo detalle de un poema de Mandelshtam. Nabokov no se arredra. Prefiere sin dudas perder rima y nervio antes que fidelidad al texto original y ese es su dictamen tanto para la poesía como para la prosa.

Por otro lado, Donald Frame, reputado traductor de las *Obras Completas* de Montaigne, encuentra placer ‘en la libre traducción literaria’. Lo estimula para realizar el laborioso proceso el goce de ver cuánto – medido *literalmente* en porcentajes – de su autor favorito puede volcar en su propia lengua. Ve su tarea como un arte aunque nunca al nivel de la creación literaria. Tampoco siquiera a la medida del buen análisis literario, pero arte al fin: “I think it is an art, though a very modest minor one, since it requires constant choice by the translator among the author’s values and devices as he seeks to recapture them in his own language and finds he can rarely if ever recapture them all” (70).⁴ Para Frame, rigurosa adherencia al texto no es lo deseado, sino buscar el delicado equilibrio entre la cadencia y el sonido de lo dicho en la lengua original y la efectividad conseguida en la traducción. En otras palabras, cuánto se pierde o se guarda del texto a traducirse dependerá en mucho de la sensibilidad del artista que traduce, por modesto que sea ese arte.

3 Nabokov, Vladimir. *Strong Opinions*. New York: Vintage, 1990, 81.

4 Frame, Donald. “Pleasures and Problems of translations”. *The Craft of Translation*. Chicago: The University of Chicago Press, 1989.

La traducción de obras literarias ofrece placeres y desafíos no exentos de ironía, humor, de enorme esfuerzo y también de flagrantes paradojas o dilemas en cierto sentido irresolubles. Sin embargo sentimos que su aporte al enriquecimiento de las culturas es inestimable, como un don mágico e innato adherido a todas las lenguas que sólo necesita ser liberado y para esto hace falta un traductor. De sus talentos, de sus saberes, de su instinto dependerá en buena parte la suerte en el mundo de la obra que tenga entre manos y se proponga difundir. Puede debatirse ad infinitum sobre los métodos, no sobre su incidencia en la cultura. O, parafraseando el bien decir de Steiner, *entre la literalidad y la recreación de un texto literario existe un espacio para la maravilla*. El de la traducción.